

## Apostilla de “Los bibliotecarios y la formación de lectores”

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

**A**unque la formación de lectores no es una de las funciones sustantivas de las bibliotecas —y que además se presta a arduas polémicas respecto a su pertinencia en ellas—, este tema tiene una relevancia que permite comprender aspectos ocultos o que simplemente pasan desapercibidos en medio del quehacer cotidiano de la biblioteca y, en concreto, de los bibliotecarios. Por lo que semejante tema invita a acceder una vez más a sus múltiples aristas. De hecho, las consideraciones que se emprenderán a continuación han de considerarse como una apostilla de la reflexión que desarrollé hace algunos años en el artículo que lleva el título “Los bibliotecarios y la formación de lectores” (Alfaro López 2009). El tiempo transcurrido desde su publicación ha permitido apreciarlo desde otros ángulos y supuestos, lo que da lugar a reemprender la reflexión sobre los elementos medulares del texto para profundizar en ellos, ampliándolos y clarificándolos. José Ortega y Gasset, en un memorable aforismo, sustentaba que la dialéctica es la obligación de seguir pensando (1999). Lo que nos quiere decir el filósofo español es que el pensamiento se encuentra en permanente movimiento, tensionado por la obligación de recorrer, de comprender en sus múltiples e iridiscentes aspectos el

## *La formación de lectores...*

objeto sobre el que centra su atención, para tornarlo mayormente legible tanto para el que lleva a cabo ese periplo intelectual, como para aquellos a los que se busca comunicar tal conocimiento.

Para iniciar el recorrido de esta apostilla, es pertinente, en primera instancia, exponer sucintamente la argumentación del artículo “Los bibliotecarios y la formación de lectores”. En él partí del problema que se presenta cuando se le asigna a la biblioteca la misión para formar lectores, porque nos remite a los bibliotecarios como los agentes que han de llevar a cabo tal misión; ante ello, se pone en evidencia que no cuentan con los elementos para eso, ya que en la mayoría de los casos los bibliotecarios no suelen ser lectores. Para identificar el origen de semejante carencia, se hizo un análisis crítico de la formación bibliotecológica que reciben los bibliotecarios, lo que redundó en la explicación de que la orientación técnica sobre la que se sustenta su trayectoria educativa ha contribuido principalmente a configurarlos como no lectores, o en el mejor de los casos, como poco lectores. Para fundamentar tal observación, se recurrió a la implementación de los conceptos provenientes de las ciencias sociales como son valor de uso y valor de cambio, así como alienación.

La educación bibliotecológica se encuentra apoyada en una concepción cognoscitiva de la ciencia positivista, que desemboca en un empirismo pragmático que apela al desiderátum objetivista científico, lo que funge como barrera contra las injerencias de la subjetividad. Esta concepción, a nivel operativo, determina el procesamiento técnico de los registros gráficos, por lo que la orientación cognoscitiva respecto a estos se da en términos de exterioridad, lo que redundando en el no apropiamiento del documento. A esto hay que agregar que en este tipo de orientación educativa se puntualiza que la función primaria a la que responde tal profesión es a la de ser un intermediario, un gestor, entre el acervo bibliográfico (información) y el usuario; lo cual lleva implícita la acción de privilegiar el valor de cambio del documento y, con ello, la gestación de la alienación que tiene el bibliotecario respecto a los registros gráficos o, más exactamente, en relación a la información que contienen.

En la esfera laboral, en la que el bibliotecólogo se transfigura en bibliotecario, toda aquella formación técnica a la que fue sometido

durante su educación se desenvuelve y consolida en la biblioteca. El registro gráfico cambia de estatus: de objeto de conocimiento a objeto de trabajo; el cual, una vez que ha pasado por el proceso técnico, está preparado para ser ofrecido al usuario, con lo que queda explícito el valor de cambio del documento. Una vez en posesión del documento, el usuario ejerce el valor de uso del mismo por mediación de la lectura. Por lo que hay que dejar establecido que el valor de uso del documento no consiste en la información contenida, ni tampoco en la simple decodificación de la misma (que es la que lleva a cabo el bibliotecario durante el procesamiento técnico del documento), sino en su lectura. La práctica de la lectura es en sí misma un fenómeno de extrema complejidad que entraña las múltiples esferas que configuran al hombre y su mundo, lo que conlleva el establecimiento de un espacio densamente simbólico.

Así, por un lado, tenemos al bibliotecario, cuya restringida actividad de organizar la información le obstruye el paso para la apropiación de la misma a través de la lectura, con lo que también en el ejercicio laboral queda alienado con respecto al documento, esto es, se establece una separación entre uno y otro al no haber una apropiación del mismo durante la lectura. Mientras que, por el otro lado, el usuario es el que tiene acceso a la dimensión informativa del documento, ejerce el valor de uso al apropiarse, a través de las múltiples variantes de la lectura, del contenido del documento. Con ello, se abre una escisión entre ambas manifestaciones del valor de los documentos, lo que desemboca en la ambivalencia del dominio entre los dos extremos, tanto del bibliotecario como del usuario, respecto a los documentos. Demos el giro de tuerca que nos conduce al aporte de esta apostilla.

En el epílogo del artículo "Los bibliotecarios...", mencionaba fugazmente el factor del contexto histórico-social que determinó la orientación técnica del campo bibliotecológico. Ahondar en este punto permite clarificar los antecedentes que van a signar la educación técnica bibliotecológica hasta nuestros días, pero también la orientación técnica del campo bibliotecológico en su conjunto, ante lo cual se presenta la vía alterna que ofrece la lectura.

## *La formación de lectores...*

Hacia mediados del siglo XIX, se gesta el nuevo modelo de biblioteca pública en los países anglosajones, tal modelo —que puede ser considerado una revolución en la multiseular historia de las bibliotecas— es un claro producto de un contexto como el de la sociedad capitalista industrial, a la par del fenómeno del ascenso de las masas, ya que son la fuerza de trabajo que mueve a la industria, y también son los consumidores de los artículos producidos por ella. Esto se traduce en un incremento de las necesidades sociales de información, lo cual, a su vez, propicia una acción en cadena: las nuevas bibliotecas públicas requieren, para su manejo, de personal especializado, lo que favorece la apertura de escuelas para bibliotecarios que privilegian la eficiencia para organizar lo más expeditamente posible una información en constante incremento, y así ponerla a la disposición de un expansivo número de usuarios. Todo esto redundará en la constitución del campo bibliotecológico, en donde se sustenta la educación bibliotecaria en el recurso técnico más apropiado para ello.

Los antiguos bibliotecarios —verdaderos eruditos humanistas— fueron consumados lectores que dirigían bibliotecas de élite, no tenían lugar en las sociedades de masas, eran cosa del pasado. Además los vientos de la época eran impulsados por la preeminencia técnica; de hecho, las tendencias que dieron forma a ese contexto propiciaron una mutación en el desenvolvimiento histórico de la técnica, la cual, al fusionarse con el conocimiento científico, dio lugar a la aparición de la tecnología que marcó con su impronta a las sociedades del siglo XX, y que será asimismo el basamento de la sociedad del conocimiento de las postrimerías de esa centuria y del presente siglo XXI. Así pues, el que la técnica se convirtiera en el corsé de la educación bibliotecaria y, más aún, del emergente campo bibliotecológico durante el siglo XIX, fue una necesidad que respondía a las fuerzas y tendencias que en ese momento estaban dando forma a la sociedad industrial.

Ahora bien, si la instauración del desiderátum técnico en el campo bibliotecológico no fue algo premeditado sino producto de las tendencias de la época, lo que resulta ahora problemático es que, una vez que el contexto que dio pauta para ello, ha pasado para

transfigurarse en una sociedad inestable, cambiante, —en el decir del sociólogo Zygmunt Bauman, “sociedad líquida”, esto es, la del capitalismo tecnológico e informático— y la técnica por sí misma no resulta suficiente para sustentar una ciencia como la Bibliotecología. Pero la técnica ha quedado profundamente arraigada como un automatismo a través del cual tienen que pasar y moldearse los conocimientos que se producen, así como la mentalidad de los integrantes de este campo. De ahí que pueda decirse que en la actualidad, el campo bibliotecológico se encuentra estatuido bajo la égida de un orden técnico y que, en cuanto tal, penetra y determina la conformación y orientación de las diversas prácticas y objetos que constituyen este campo. Lo que explica el por qué la educación bibliotecológica privilegia la formación técnica y directamente proporcional con menoscabo de la formación lectora de los estudiantes. Es preciso subrayar que aunque la técnica formó parte consustancial del desenvolvimiento de las bibliotecas a lo largo de la historia, siempre había estado supeditada a otros factores del quehacer bibliotecario. Sin embargo, en la actualidad los roles se han invertido.

Pero como se mencionó antes, paradójicamente en la era de las nuevas tecnologías de la información y su correlato, la sociedad del conocimiento, la técnica por sí misma resulta insuficiente para hacer avanzar al campo bibliotecológico. Para enfrentar el reto que ofrece el contexto fluyente, inestable y líquido de información desbordada, se requiere configurar el campo bajo un estatuto teórico que dé fundamento conceptual a las prácticas y los objetos, con lo cual se pone límite al orden técnico; lo que redundaría en que a la técnica se le ponga en el lugar que verdaderamente le corresponde: como mero instrumental que ha de estar dirigido por preceptos teóricos. Sin duda, esto se reflejaría en el hecho de que la educación bibliotecológica ya no estaría solo sustentada en un fundamento técnico —lo cual despejaría nuestro campo hacia la formación lectora de los bibliotecólogos y futuros bibliotecarios—, sino que esto podría iniciar la desalienación que guardan con los documentos. Respecto a este punto, también cabe añadir unas palabras a unas ideas que plasmé en mi artículo “Los bibliotecarios...”.

### *La formación de lectores...*

donde explicaba con detalle los factores que propiciaban la alienación de los bibliotecólogos y bibliotecarios con su objeto de estudio y laboral.

El bibliotecario usa su función de intermediario entre la colección y el usuario en el valor de cambio del documento para proporcionarlo a este último, lo que implica una relación lineal, unidireccional y aséptica sin retroalimentación. También significa que, al no haber una relación bidireccional que permita la conjunción entre el valor de cambio (que detenta el bibliotecario) y el valor de uso del documento (que usufructúa el usuario), los vasos comunicantes entre uno y otro quedan cegados. Esto conlleva a que la alienación no solo se dé con respecto a los documentos, sino también en relación a los actores que se agitan en el escenario de la biblioteca. Como la raíz latina lo indica, *alienus* entraña en este caso la separación, el distanciamiento, entre el bibliotecario y el usuario. Así, para el primero, el usuario es una insigne fantasmagoría, que es vislumbrada a través del cristal opaco que establece el orden técnico sobre el que se erige la biblioteca y a quien hay que suministrarle información. Lo que redundará en el hecho de que el correlato del orden técnico de la biblioteca sea un ámbito permeado por la deshumanización. Dicha situación incide directamente en una de las fuentes cognoscitivas de la Bibliotecología: el humanismo.

Por su propio desenvolvimiento histórico, la biblioteca y el conocimiento bibliotecario quedaron indisolublemente afiliados al humanismo. De hecho, antes de que el humanismo apareciera perfectamente estatuido y definido en el Renacimiento, el fundamento del saber bibliotecario era de carácter humanista. Con ese punto de inflexión que son las bibliotecas públicas —y con ellas la gestación del campo bibliotecológico—, el saber bibliotecario trasmutado a ciencia bibliotecológica comenzó a pendular hacia las ciencias sociales. Y aunque algunos enfoques la enmarcan notablemente como una ciencia social, lo cierto es que nunca ha perdido su raigambre humanista, por lo que una caracterización más integral tendría que definir a la Bibliotecología como un conocimiento producto de

la intersección entre ciencias humanas y ciencias sociales. Sin duda, esto le otorga una posición específica y diferencial respecto a las fuentes humana y social, pues es producto de ambas, pero, es preciso subrayarlo, va más allá de ellas. Para que el cruce de esa doble vertiente se haga efectiva y productiva, en primer lugar se han de recuperar los valores humanistas, para luego hacerlos extensivos a los valores sociales. De ahí que, a nivel concreto y práctico, sea pertinente iniciar con su validación en el espacio bibliotecario, y detener la alienación y su secuela, la deshumanización.

Por ello, en otro giro de tuerca, la lectura vuelve a manifestarse como una vía posible para recuperar la biblioteca no solo como espacio de concurrencia del usuario para buscar información, sino también (y principalmente) como ámbito humano y de humanización de lectores.

Como se expuso en el texto de referencia de esta apostilla, la lectura es una práctica de extrema complejidad que va más allá de la superficial descodificación de un texto. La lectura abre la puerta al vertiginoso universo simbólico que pone en juego las diversas dimensiones que integran lo humano y lo social, así como la relación con el mundo. Por esta razón, siempre quedan escorzos que solicitan renovada atención para ahondar en la comprensión de esta peculiar práctica y tornarla así un poco más legible. Al respecto, la bibliotecóloga colombiana Edilma Naranjo, retomando el trabajo que se ha hecho sobre el concepto alemán de *Bildung*, cuya traducción es “construcción”, acentúa el proceso de construcción humana que se lleva a cabo por medio de la lectura: al potencial lector se le construye como tal y éste, a su vez, al seguir la senda de la lectura, se construye humanamente, por lo que la biblioteca puede ser el territorio idóneo para emprender la gesta de la *Bildung*. Sin embargo, como añadido a la propuesta de Edilma Naranjo, se puede argüir que siguiendo en el espíritu de este evocador y plástico concepto germano, que hizo refulgir sus blasones durante el periodo romántico, tenemos que considerar su correlato: los obstáculos, los avatares que surcan la senda de la *Bildung*. Para los

alemanes<sup>1</sup>, el camino hacia la construcción: el autodescubrimiento y su colofón, la autorrealización, se alcanza a través de superar los obstáculos que se encuentran a lo largo del camino; de hecho, la condición de posibilidad de la construcción son los avatares mismos por los que atraviesa el individuo en su trayectoria existencial.

Esta dimensión de la *Bildung*, traducida en clave lectora, puede expresarse en la lectura como un proceso de construcción en el que se tienen que superar obstáculos de múltiple índole, tanto a nivel individual como social, para que el individuo pueda construirse y realizarse como un lector. En el caso del bibliotecario, es para superar una formación técnica encauzada a privilegiar el valor de cambio del documento, y en el caso del usuario para enfrentar todos los obstáculos personales, familiares y sociales que suelen cercar su trayectoria hacia la lectura, lo que es particularmente acuciante en sociedades con bajos niveles educativos y culturales.

Así, tanto para bibliotecarios como para usuarios, el territorio para superar los obstáculos y alcanzar la construcción como lectores viene a ser el espacio bibliotecario. Mas ese último obstáculo por el que tendrían que pasar ambos, es el reconocimiento mutuo como lectores. Por esto, la *Bildung* no sólo culmina con la autorrealización como lector, sino también con el reconocimiento y diálogo con el otro lector, y en sí con los demás lectores: la lectura como construcción humanística y la biblioteca como su escenario.

---

1 Aunque la idea de *Bildung* hunde sus raíces históricas en la cultura y la mentalidad alemana, fue durante el periodo romántico cuando floreció en la narrativa con el género de la *Bildungsroman*, textualmente novela de construcción (el ejemplo representativo es la novela de W. Goethe *Los años de peregrinaje del joven Wilhelm Meister*). En esta obra, el protagonista pasa por una amplia variedad de peripecias a través de las cuales se construye y realiza interiormente. Llevado este género al territorio filosófico, Hegel lo representa principalmente en su obra *Fenomenología del espíritu*, que muestra los avatares por los que pasa el espíritu (puro, enajenado y absoluto) hasta alcanzar su realización con el establecimiento de Estado, el cual significa la fase del espíritu absoluto y, por lo tanto, de su autoconocimiento.



Por último, ese reconocimiento como lectores permitirá el despliegue de la comprensión y con ello el ejercicio de los múltiples tipos de lectura y su imbricación mutua.

El camino que conduce a la construcción de un lector en algún momento tiene que pasar por uno de sus principales avatares: la comprensión, que es la vía real que conduce a la profundidad del contenido, al penetrar en los múltiples estratos de los textos, hace legible su sentido. Por supuesto la comprensión es la antípoda de la lectura funcional: transitar de esta última hacia aquella implica transgredir una serie de obstáculos, entre ellos zanjar la distancia con que oficialmente se han escindido los tipos de lectura. Por un lado, la lectura intelectual y, por el otro, la lectura placentera. Con la primera se asocian determinados textos, como son los de las reconocidas áreas del conocimiento, tales como las humanidades, las ciencias sociales y las científicas; mientras que a la segunda se le correlaciona con los textos "lúdicos", esto es, literarios. A estos dos tipos de lectura se les ha explicado de diversas maneras, categorizando sus especificidades y diferencias mutuas; incluso visualmente se les ha representado codificadamente por medio de la pintura y la fotografía (Raya Alonso 2015). Así, tanto el discurso como las imágenes han conformado dos visiones-versiones claramente delimitadas y diferenciadas que han quedado estatuidas y consolidadas para su estudio y su ejercicio, e incluso se arraigan en la hondura del imaginario colectivo. La oficialización de semejante bipolaridad de la lectura ha confundido las continuidades del entramado que se dan, o pueden darse, entre el intelecto y el placer de la lectura.

Decir que en un texto de filosofía, altamente abstracto, o de ciencia, sumamente técnico, puede encontrarse placer suena a despropósito; o, por el contrario, que la lectura de una novela o poema es una experiencia rigurosa y extremadamente intelectual, linda en un contrasentido. Pero como se adelantó líneas arriba, la respuesta se encuentra en la comprensión, que es la que establece los vasos comunicantes entre una lectura y la otra. Entendida de manera amplia, la comprensión significa superar lo desconocido, lo que era una barrera y, por ende, es un acto de liberación que nos abre un horizonte de posibilidades, lo que arrastra como cauda el gozo. Superar un obstáculo a través de comprender qué es y por qué se nos

### *La formación de lectores...*

resistía redundante en un profundo placer. De ahí que la comprensión, al desplegarse en el territorio de la lectura, conduce a rebasar las dificultades que se presentan ante un texto, sea de la índole que sea, para hacer legible sus contenidos más recónditos, adquirir así sentido y, con ello, la satisfacción intelectual y el placer lúdico o, mejor aún, el placer intelectual (y hasta corporal) de la apropiación lectora de un texto, sea filosófico, literario, científico o de cualquier otra naturaleza.

Así, tanto el bibliotecario como el usuario podrán emprender la *Bildung* para configurarse como lectores que han podido trasgredir las fronteras de los tipos de lectura, para alcanzar una forma más integral de la lectura. Esto, además, les abre el camino a los diversos acervos, sean especializados o no, de todo tipo de bibliotecas, las cuales en conjunto se constituyen en el ámbito cultural *par excellence*, que brinda a través de los libros, sean de la disciplina o género que sean, la información y el conocimiento para ser asimilados y apropiados por mediación de la lectura, una lectura que no conoce fronteras entre placer e intelecto, una lectura que se realiza en cuanto tal como placer intelectual, tanto para bibliotecarios como usuarios, y hace de la biblioteca un ámbito signado por la humanización.

La biblioteca, convertida en una caja de resonancia de la lectura y como práctica de construcción humana, podrá asumir, ahora sí, el rol que por derecho le corresponde en la formación de lectores.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro López, H, G. 2010. "La biblioteca como espacio alienado de la lectura". En *Memoria del XXVII Coloquio de Investigación Bibliotecológica y sobre la información*, compilado por Jaime Ríos Orteg y Juan J. Calva González. México: CUIB-UNAM.

- . 2010. “La lectura como proceso de comprensión y conocimiento científico”. *Investigación Bibliotecológica: Archivonomía, Bibliotecología e Información* 24, 50 (enero-abril): 35-47.
- . 2010. “La lectura o los caminos de la comprensión y el poder”. *Biblioteca Universitaria. Revista de la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM, Nueva época* 13, 1 (enero-junio): 74-80.
- . 2009. “El obstáculo epistemológico y la biblioteca”. En *Memoria del XXVI Coloquio de Investigación Bibliotecológica y sobre la información*. México: CUIB-UNAM.
- . 2009. “Los bibliotecarios y la formación de lectores”. *Investigación Bibliotecológica: Archivonomía, Bibliotecología e Información* 23, 49 (septiembre-diciembre): 179-195.
- . 2009. *Introducción a la lectura de la imagen*. México: DGB-UNAM.
- . 2007. *Comprender y vivir la lectura*. México: DGB-UNAM.
- Bahloul, J. 2002. *Lecturas precarias: estudio sociológico sobre los “poco lectores”*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bloom, H. 2000. *Cómo leer y por qué*. España: Anagrama.
- Cassany, D. 2006. *Tras las líneas: sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.
- Chartier, A.M. 2004. *Enseñar a leer y escribir: una aproximación histórica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. 2000. *Las revoluciones de la cultura escrita: diálogo e intervenciones*. Barcelona: Gedisa.
- Ferreiro, E. 2000. *Cultura escrita y educación*. 2da. ed. México: Fondo de Cultura Económica.

## ***La formación de lectores...***

- Jamet, E. 2006. *Lectura y éxito escolar*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lerner, D. 2003. *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Littau, K. 2008. *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.
- Lahire B., comp. 2004. *Sociología de la lectura*. Barcelona: Gedisa.
- López Yepes, J., ed. 2004. *Diccionario Enciclopédico de Ciencias de la Documentación*. Vol.1. España: Síntesis.
- Marina, J. A. y M. de la Válgoma. (2005). *La magia de leer*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Martínez de Sousa, J. 1993. *Diccionario de bibliología y ciencias afines*. España: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Morin, E. 1994. *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa.
- Ortega y Gasset, J. 1999. *Origen y epílogo de la Filosofía*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Petit, M. 2001. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez Leyva, E. M., comp. 2008. *Tercer Seminario Lectura: pasado, presente y futuro ¿Extinción o transfiguración del lector?* México: CUIB-UNAM.
- Raya Alonso, G. L. 2015. "Un acercamiento bibliotecológico a la representación visual de las lectoras en el siglo XX". Tesis de maestría, Universidad Autónoma de México.

Rodríguez Gallardo, A., 2008. “Comentario”. *La biblioteca pública y la formación de lectores en la sociedad de la información. Memoria*. Coordinadora E. M. Ramírez Leyva, 182. México: CUIB-UNAM.

Smith, F. 1985. *Comprensión de la lectura: análisis psicolingüístico de la lectura y su aprendizaje*. México: Trillas.